



EL PROYECTO INTELECTUAL: HACIA LA RECONSTRUCCIÓN DE UN PROGRAMA TEÓRICO PARA LAS CIENCIAS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA

Esteban Torres**

El gran desafío que hoy tenemos por delante pasa por la necesidad de volver a orientar la investigación científico-social a partir de un proyecto intelectual. Entiendo que no falla el sentido común cuando se considera que un proyecto intelectual tiene que ver con una política o una politicidad del saber. Hasta donde conozco, la idea de proyecto intelectual, que anida en la mayoría de los grandes teóricos, no adquiere entidad conceptual en ninguno de ellos. Incluso en autores como Max Weber, José Medina Echavarría o Pierre Bourdieu, que se distinguen por el volumen de introspección socio-analítica y metodológica que inyectan en sus trabajos, el empleo de la noción de proyecto intelectual no pasa de ser un registro pre-categorial. El objetivo del presente texto consiste en introducir algunos elementos centrales del concepto de proyecto intelectual, que anticipadamente definiré como un *modo de compromiso con los grandes problemas de nuestro espacio-y-tiempo*. Este concepto no planea en abstracto sobre la realidad académica y general de América Latina, sino que hunden sus raíces en los movimientos contemporáneos centrales de nuestra región. Al apelar a la noción de proyecto intelectual pretendo contribuir a la dificultosa reconstrucción de un programa público y común de investigación para las ciencias sociales regionales, a partir de la cual se pueda reconsiderar desde un necesario registro de unidad el vínculo entre la construcción de los objetos de investigación, los diferentes compromisos teórico-políticos que fueron avanzando y retrocediendo en las últimas décadas, y las grandes problemáticas socio-históricas que marcaron el devenir de nuestro continente.

Si algo creo que caracteriza en términos generales el desenvolvimiento de las ciencias sociales y la sociología en América Latina en la actualidad es una profunda irreflexibilidad identitaria –antes que una crisis identitaria– que se precipita a partir de un hecho constatable: la creciente desarticulación entre proyectos de identidad, prácticas de investigación social, competencias teóricas y reflexión metodológica. Tal desacople ha permitido el avance de un *irracionalismo* diversificado de nuevo cuño en la construcción de los objetos de investigación social.

El proyecto intelectual no define ni demanda el advenimiento de una perspectiva teórica específica sino una serie de coordenadas metodológicas que haga posible la restitución y actualización de un programa teórico moderno. Al concebir el proyecto intelectual como un programa doy por supuesto que no es el único. Ahora bien, lo que éste tendría de singular y que lo inscribe en la historia grande de América Latina es su preocupación clásica por el vínculo entre la sociología, las ciencias sociales y el destino colectivo de las sociedades, en este caso de las sociedades latinoamericanas. En su núcleo identitario aparece la interrogación por los avatares de la humanidad latinoamericana como comunidad de destino en un mundo crecientemente planetarizado. El racionalismo crítico que demanda los desafíos investigativos de nuestro tiempo tendrá por primera tarea agrandar nuestra razón y no achicarla. En eso consistió siempre el desafío de la intelección humana y no tendría por qué cambiar en el futuro: pensar un objeto en relación a un método.

* El presente texto constituye un brevísimo extracto, en una modalidad preliminar, de un libro de mi autoría en el cual desarrollo un modelo analítico basado en el concepto de “proyecto intelectual”. Dicho libro saldrá publicado entre 2017 y 2018.

** Investigador del CONICET. Profesor de Sociología en la Universidad Nacional de Córdoba. Director del Programa Teoría Social y Realidad Latinoamericana (CIECS-FCS-UNC-CONICET). Coordinador del GT CLACSO Teoría Social y Realidad Latinoamericana, junto con Edelberto Torres-Rivas.

LA CONTEXTUALIZACIÓN DEL PROYECTO INTELECTUAL: EL DEVENIR CONTEMPORÁNEO DE LAS CIENCIAS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA

Todo lo que son y lo que no llegaron a ser las ciencias sociales en la actualidad tiene algo que ver con el devenir de los proyectos intelectuales. Aquí parto del supuesto histórico-general de que con la precipitación del ciclo neoliberal a fines de los años 70 se inicia en Argentina y en América Latina un proceso de creciente debilitamiento de los proyectos intelectuales en las ciencias sociales. Tal retroceso llevó en muchos casos al directo abandono de dichos proyectos. Me inclino por destacar tres grandes ámbitos de actuación, íntimamente relacionados entre sí, que inciden principalmente en la configuración del mundo en el cual los proyectos intelectuales en las ciencias sociales entran en crisis y en ciclo de descenso en el continente. Me refiero a una serie de procesos políticos, teóricos e institucional-académicos, cada uno de los cuales resultaron portadores de una fuerza de erosión indeterminable.

EL DEVENIR POLÍTICO

Los procesos políticos que merecen consideración en este punto están directamente relacionados, por un lado, con los avatares de la izquierda y del progresismo político, y por el otro, con el devenir de los modos de vinculación entre práctica teórica y práctica política, cuyas formas materiales y cuyos contratos normativos se han ido modificando a lo largo de las últimas décadas. Respecto al primer punto, las diferentes fuerzas progresistas y de izquierdas que se despliegan en las ciencias sociales en la región, dependiendo el punto de inicio que se establezca y la extracción de tales fuerzas, tentativamente acumulan hasta la fecha tres derrotas: la interrupción de la experiencia revolucionaria de la década de 70, la democratización socialdemócrata fallida de los 80 (en Argentina con Alfonsín), y finalmente el declive –digamos parcial– del progresismo neo-desarrollista a partir de fines de 2015. Desde las ciencias sociales sólo hubo capacidad de reacción a la primera derrota, si bien se trató de un débil movimiento culturalista. Si las dos primeras derrotas achicaron drásticamente el encuadre de intelección sociológica del período, las experiencias progresistas de estos últimos años en América Latina no alcanzaron a recomponerla. La primera derrota erosionó las posibilidades de avance o de reproducción de los proyectos intelectuales principalmente a partir de dos modos de sustracción: el exilio sin retornos y la desaparición física de los intelectuales políticamente comprometidos, y luego la precariedad anímica y material de los exiliados que regresaron a sus respectivos países una vez finalizadas las dictaduras militares. Tal situación recién experimenta una discreta mejoría con el advenimiento del nuevo siglo. Ahora bien, si la repolitización del campo político en los últimos años en América Latina condujo a una repolitización relativa de la investigación social, no produjo en cambio una *re-cientificación* de tales prácticas. Menos aún precipitó el advenimiento generalizado de proyectos y procesos en los cuales pudiesen confluír la repolitización y la recientificación de la investigación social.

EL DEVENIR TEÓRICO

En cuanto al proceso teórico, entiendo que lo más acertado es subsumir la diversidad de registros, en gran medida complejos y contradictorios, en dos momentos generales consecutivos. El primero, que precisamente se instala desde fines de la década del 70, tiene que ver con el *declive general de la cuestión económica*. El segundo momento que destaco es el de la *relativa recomposición de lo económico*, que se precipita a partir de la crisis económica mundial de 2008 y que se proyecta a partir de entonces de un modo incierto y con una fuerza difícil de dimensionar.

EL DECLIVE DE LO ECONÓMICO

Este primer movimiento se extiende a lo largo de aproximadamente 30 años, desde fines de los 70 hasta 2008. Una manifestación relevante de tal retracción temática se asocia con el procesamiento que suscitó la llamada “crisis del marxismo” en América Latina, que tuvo su punto de condensación central en la crítica a la tesis de la determinación económica en última instancia. Muchas de las perspectivas críticas que se presentaron como un marxismo heterodoxo o un posmarxismo se edificaron sobre un procesamiento reduccionista de dicha crisis. Se ajustan a dicha descripción las obras tardías de Norbert Lechner, Ernesto Laclau, José Arico, Juan Carlos Portantiero y José Nun, entre otros. A mi entender el efecto más perjudicial de este nuevo pensamiento crítico tuvo que ver con el abandono de toda teoría económica en nombre de la crítica al economicismo. Tal desplazamiento se produjo a partir de la adopción masiva de una teoría culturalista de la democracia como proyecto de renovación y adaptación del socialismo y de otras fracciones del progresismo a los nuevos gobiernos pos-dictatoriales. El giro cultural se impuso en detrimento de una teoría multidimensional de la revolución que se presentaba completamente obsoleta. De este modo, junto con el abandono de la búsqueda y de la pregunta por la revolución se abandona por completo la pregunta por la cuestión económica. Si la otrora preocupación por la revolución política concentraba su atención central en la vinculación entre política y economía, la pregunta por la democracia, tal como se llevó adelante, condujo a la totalización de lo político-cultural, principalmente de la mano de una relectura en extremo reduccionista de Gramsci. Todo indicaría que para conservar su histórica posición radical y no burguesa a principios de los 80, en un momento de fuerte restricción estructural de las alternativas de cambio económico, la teoría social de la nueva izquierda tuvo que recurrir a dos maniobras. La primera consistió en negar una revisión de la teoría económica marxista, dado que ello podría desembocar en el reconocimiento de un programa económico keynesiano, siendo éste último un patrimonio de la socialdemocracia. La segunda operación consistió en extender el manto de su pretenciosa teoría de la cultura al todo social, omitiendo toda conexión con los procesos económicos. A favor de esta segunda hipótesis valdría la pena preguntarse porqué en este período de apertura ideológica el gran libro de Raúl Prebisch “El capitalismo periférico”, publicado en 1981, no recibió atención alguna¹. En cualquier caso, lo concreto es que la nueva izquierda intelectual argentina y latinoamericana se quedó sin una teoría social del capitalismo, ocultamiento que no le impidió seguir adelante con la crítica al marxismo y con la edificación de una nueva identidad teórica para la izquierda.

Ahora bien, el declive general de la cuestión económica no se puede reducir en este período a una explicación política al interior o en relación con la tradición marxista. Tal declive en las ciencias sociales regionales se asoció también, directamente, a tres aspectos relacionados entre sí que se resienten conjuntamente: el declive de la construcción de teoría social, la casi extinción de la agenda de investigación macro-sociológica y el abandono de la reflexión en torno al problema de la temporalidad y en particular del tiempo futuro.

El primer aspecto se asocia, desde un registro estrictamente teórico, con la desvalorización de lo propiamente *científico* de la investigación en las ciencias sociales. La minimización de la pregunta por el carácter científico del conocimiento social remite al avance de al menos cuatro expresiones que tienen una penetración significativa y una aceptación ubicua en el conjunto de las ciencias sociales regionales hasta la actualidad. La primera expresión agrupa el abandono de un principio de objetividad no constructivista, la sobre-acentuación del giro lingüístico y del relativismo, y de modo accesorio la extensión del deconstruccionismo. Estas manifestaciones teóricas trajeron consigo el avance de un escepticismo científico no desconectado de un escepticismo político. En segundo lugar, ligado a lo anterior, merece considerarse el abandono de una lógica de explicación social a favor del empleo de la descripción y la interpretación como modos analíticos excluyentes. El avance de la estrategia interpretativa sugerida por Zygmunt Bauman corre en esta dirección. Un tercer elemento que atenta contra la construcción de teoría social es el avance de la ilusión científica del empirismo, que ideológicamente promueve el acceso al conocimiento riguroso de lo social prescindiendo de un proceso de conceptualización y de construcción teórica. Finalmente, la cuarta expresión se contrapone parcialmente a alguno de los registros expuestos y tiene que ver con el *ethos* militante del activismo, que suele sobre-politizar y sobre-normativizar la tarea del investigador en desmedro de cualquier búsqueda de cientificidad.

Tal como mencioné, el segundo aspecto relacionado con el momento de declive de lo económico se asocia con la pérdida de visión *macro-sociológica* de las ciencias sociales regionales. El aumento de las investigaciones micro y meso-social en detrimento de las perspectivas macrosociales guarda relación con el debilitamiento geopolítico y geoeconómico de la región en este período, y junto a ello, al interior de las ciencias sociales, con la creciente desatención respecto a las dinámicas macro-económicas al momento de construir los objetos de investigación. La relativa exclusión de los problemas económicos es el factor central que precipita el achicamiento de los marcos de interacción en las ciencias sociales contemporáneas. Lo verdaderamente llamativo en este caso es que mientras más se extendían las racionalidades económicas mercantiles en las sociedades latinoamericanas,

bajo una lógica de programación neoliberal, más se reducía la importancia que tal hecho adquiriría como problema de investigación social. El práctico abandono de la escala macro de análisis social, sustentada en sus versiones más robustas a partir de una crítica reduccionista a la idea de totalidad social, significó en primera instancia el abandono de un enfoque socio-relacional para la investigación social. Descartados o minimizados los enfoques globales, las soluciones pasaron principalmente por la reclusión en una teoría no relacional de la acción que tuvo su expresión central en la proliferación de una literatura alienada metodológicamente y proclive a la exaltación de los llamados nuevos movimientos sociales.

Si el agotamiento de lo económico guarda relación con las erosiones de lo macro-social y de la espacialidad social como un todo, algo similar ocurrió con *la temporalidad* y con la visión histórico-epocal. Si bien la obliteración de la temporalidad como problema para las ciencias sociales se conecta con elementos diversos, me inclino a señalar que el punto más sensible tuvo que ver con la completa desacreditación de los principios de necesidad y de condición a favor del principio de contingencia. En la actualidad se registra una tendencia de hondo calado a la *creciente supremacía de la contingencia en detrimento del principio de necesidad*, tanto en la filosofía como en las ciencias sociales. Tal movimiento no sólo ha desplazado el variado campo semántico de la determinación sino que ha reducido el interés por la propia *explicación causal* sin el necesario abandono de una lógica causal de conocimiento. El nuevo protagonismo de la contingencia suele ir acompañado de la pérdida de la sistematicidad relacional que acompaña a la noción en sus formulaciones clásicas. Bajo el ropaje de la crítica a la “teleología marxista” se terminó por desechar las teorías del cambio social y el problema de la temporalidad socio-histórica como un todo. Este punto se conecta centralmente con lo económico en tanto es la temporalidad económica la que principalmente trae consigo -como registro dominante- una temporalidad no coyuntural, un principio de necesidad y un punto de apoyo más estable para la especulación sobre el futuro.

Creo no equivocarme al señalar que el problema principal que trajo aparejado el movimiento teórico general de declive de lo económico en las ciencias sociales latinoamericanas tuvo que ver con la *pérdida de una visión estratégica general*. Por falta de voluntad, por incapacidad y/o por imposibilidad, desaparecieron los experimentos teóricos más ambiciosos orientados a proyectar un esquema abstracto y concreto de modificación de las relaciones de poder existentes y de direccionamiento general de los procesos socio-históricos. A partir de la limitación de tal horizonte de visibilidad no es de extrañar que no se hayan presentado, no al menos en una escala y una frecuencia aceptable, situaciones propicias para investigar sobre posibles vías de superación a los grandes problemas de la región.

LA RECOMPOSICIÓN DE LO ECONÓMICO

El segundo momento teórico de las ciencias sociales en América Latina, precipitado en gran medida a partir de la crisis económica norteamericana y global de 2008, lo caracterizo como de un incipiente retorno de lo económico a las discusiones contemporáneas. No se trata de una recuperación general de la cuestión sino apenas de una reinstalación de la temática en ciertos espacios y disciplinas, con altibajos importantes. Vinculado a este contra-movimiento identifico tres elementos centrales: a) la proclamación -ciertamente predecible- por parte de los marxistas de un nuevo retorno a Marx y a la cuestión económica, cuya forma de reinstalación ha resultado en algunos casos irreflexiva y desprovista de autocritica; b) un mayor reconocimiento del capitalismo como racionalidad económica dominante por parte de los máximos exponentes de la teoría social contemporánea no marxista; c) El procesamiento al interior del campo de las ciencias sociales de las discusiones extra-académicas que se suscitaban en torno a la realidad geoeconómica y geopolítica pos-neoliberal en subregiones importantes de América Latina en la primera década y media del siglo XXI, cuyo anclaje empírico central se asoció a la recuperación de capacidades estatales para la formulación autónoma de políticas económicas. Como es evidente, este último aspecto se agota parcialmente a fines de 2015, con el avance de los procesos de programación neoliberal en Brasil y Argentina.

En síntesis, si bien es constatable cierto retorno de la cuestión económica a las ciencias sociales y a la teoría social en América Latina, y con ello la recuperación del interés por la articulación entre economía y política, no debería llevarse tal afirmación demasiado lejos. Los problemas históricos que fundamentaron el giro culturalista de la teoría social de izquierda dominante en el continente persisten en buena medida. Aquello que persiste y que incluso se profundiza es la imposibilidad de habilitar en términos realistas, *en la teoría*, la proyección imaginaria de una racionalidad económica no capitalista con posibilidades de expansión nacional, regional o global. Lo que positivamente se desvaneció es la creencia en la posibilidad de avanzar en un proceso de democratización cultural y social sin avanzar simultáneamente en un proceso de reforma económica estructural. Para ser exactos, la salida ideada entonces por los posmarxistas no fue una adscripción sustantiva a las perspectivas socialdemócratas sino un reduccionismo culturalista basado en el desconocimiento *teórico* del proyecto de reforma económica al cual suscribieron por defecto.

El punto crítico de la reconstrucción identitaria de la izquierda contemporánea, sin la cual no puede precipitarse un nuevo proceso de reconstrucción teórica, sigue pasando por el posicionamiento en torno a la identidad anti-capitalista, y luego por el modo de procesamiento teórico del imaginario asumido. Si el atributo identitario fundacional e innegociable para la nueva teoría social de izquierdas continua siendo un principio de negación de lo capitalista como un todo, el remedio seguirá siendo el desconocimiento de lo económico como un todo. El culturalismo y/o la

1 Ver Prebisch, Raúl (1981). *Capitalismo periférico. Crisis y transformación*. México: FCE.

absoluta marginalidad política es el precio que se continúa pagando por intentar conservar una identidad política anticapitalista. Promocionar un retorno a la explicación de los procesos económicos en la actualidad conlleva la incomodidad existencial de tener que repensar drásticamente el vínculo entre la identidad de izquierdas y su programación política.

En cualquier caso, me da la impresión que este contramovimiento de reinstalación de lo económico no tiene por el momento la fuerza suficiente para detener el avance de los movimientos teóricos mencionados que se precipitan a partir de fines de los 70. El giro lingüístico, el relativismo, el descrédito de la explicación causal y el achicamiento del encuadre de intelección sociológica, por mencionar a alguno de ellos, parecen seguir adelante pase al nuevo escenario. Merece tomarse muy en serio a Emir Sader cuando advertía en 2009 que América Latina continuaba careciendo de pensamientos estratégicos que puedan orientar procesos políticos diversificados a la altura de los desafíos que la realidad social demanda².

EL DEVENIR INSTITUCIONAL-ACADÉMICO

Los movimientos teóricos y políticos contemporáneos en América Latina se despliegan con cierta independencia respecto a las dinámicas propiamente institucionales del campo académico. Estas últimas parecen seguir una dinámica tendencial, signadas por un nivel de contingencia ciertamente reducido, y en la cual se observa la movilización simultánea de dinámicas de supeditación y de autonomización. Entre los procesos generales involucrados en el devenir institucional de las ciencias sociales del continente merecen destacarse principalmente cinco. En primer lugar, registro la supeditación de las instituciones académicas nacionales a un proceso de globalización (i). Junto a ello, advierto la autonomización creciente de las ciencias sociales institucionalizadas respecto a cuatro aspectos: a las prácticas y los proyectos políticos no académicos (ii), a las problemáticas sociales concretas (iii), a los actores involucrados en éstas últimas (iv), y finalmente respecto a los horizontes de intelección general (v). Propongo que nos detengamos brevemente en cada uno de los procesos mencionados.

Respecto a la supeditación al proceso de globalización, distingo entre aquellos fenómenos asociados a lógicas económico-instrumentales y aquellos cuya lógica expresa una racionalidad diferente o más difusa. El primer registro de supeditación tiene que ver con el proceso de mercantilización de la educación superior, y por lo tanto con la retracción de la universidad entendida como bien público. Si desde inicios de la década del 80 hasta mediados de los 90 se expande y se consolida en América Latina el mercado nacional universitario, de allí en adelante tal campo queda expuesto a un proceso de creciente globalización neoliberal que evoluciona a gran velocidad bajo la influencia de las líneas directrices de organismos internacionales como el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio. Si bien en la última década mejoró sensiblemente la financiación estatal de la educación superior y del sistema científico-técnico en general en buena parte del continente, tal fortalecimiento estatal no logra revertir un proceso de creciente supeditación a parámetros de valorización global neoliberal.

Un fenómeno no supeditado a lo económico tiene que ver con la internacionalización de las redes académicas, que se inicia en América Latina a mediados de la década del 70, con la circulación de intelectuales en la región (alimentado por el exilio político), y con la potenciación de instituciones regionales tales como CLACSO y FLACSO. Dicho salto de escala espacial tiene un punto de apoyo importante en el avance desigual aunque constante de la profesionalización de las ciencias sociales. Finalmente, un fenómeno aún difícil de dimensionar tiene que ver con la relación que fija la institución académica con el proceso de globalización comunicacional. Si bien puede ser un acierto atender en este punto a la popular tesis pesimista del avance de la cultura audiovisual en aras de la cultura letrada, habría que ser cautos a la hora de proponer una ecuación de suma cero que responsabilice al nuevo ecosistema mediático de una supuesta pérdida de poder simbólico de la producción científica. En cualquier caso, la institución-ciencia social se encuentra inmersa en un proceso general aunque variable de globalización, con preeminencias económicas, que guarda algún tipo de relación con los movimientos políticos y teóricos ya comentados.

En cuanto a los procesos de autonomización institucional de las ciencias sociales, el primer registro que merece considerarse es el que atañe al *vínculo con el poder político*. En líneas generales se registra una tendencia a la mayor diferenciación entre la esfera de las ciencias sociales y la esfera de la política estatal. La cuestión central pasa por cómo considerar tal distanciamiento. A mi entender aquí prevalece la tesis de Bauman sobre la de Lechner. El primero dirá que dicha autonomía, en cierto punto positiva, no se explica sin considerar la creciente impotencia política del sector intelectual, lo cual resultaría en gran medida negativo. Lechner, en cambio, se restringe a rescatar la apertura intelectual que tal autonomía trajo aparejado en América Latina, al menos para la izquierda. Bauman sostiene que luego de haber alcanzado el punto más bajo de su relevancia política, los intelectuales disfrutaron de una libertad de pensamiento y de expresión imposible de soñar en los tiempos en que las palabras valían políticamente. Para Bauman se trata de una autonomía sin consecuencias prácticas fuera del mundo auto-clausurado de la vida académica. El sociológico polaco dirá que la desposesión política de los intelectuales no ha sido un completo desastre en tanto permitió a los intelectuales darse sus propias reglas y liberarse del control político. Tal liberación, según Bauman, se produce en el marco del creciente

desinterés del Estado respecto a las discusiones de la comunidad académica. Se trataría de una frontera a la vez más modesta y más libre para la práctica intelectual, siendo una situación social no creada por decisión de los propios intelectuales. Aquí el intelectual se conforma en una cultura autorreferencial desligada del teatro de operaciones del poder político. Un elemento clave que merece retenerse es precisamente el de la desposesión política. No alcanza con señalar que no hay autonomía intelectual sin impotencia política en el mundo académico. Lo que me interesa destacar es que en América Latina se observa una correlación positiva entre la autonomización institucional de las ciencias sociales y la desvinculación de la práctica científico-social respecto al poder político en la propia construcción de los objetos de investigación social. Una de las consecuencias que ello produjo fue la proliferación en estos últimos años de un tipo de investigador social que experimenta una completa escisión entre su compromiso político y su práctica intelectual, en tanto desarrolla un trabajo de investigación social alienado que no guarda relación con sus identificaciones políticas, o incluso que resulta contrario a éstas últimas.

La autonomía en cuestión no crece exclusivamente respecto a las relaciones y los procesos políticos sino también en relación con las propias problemáticas sociales que exceden en todo momento tanto a los mecanismos de representación política como a los dispositivos de procesamiento analítico de las ciencias sociales, pero que en cualquier caso ponen en cuestión la existencia de un sentido de representación más general. Junto con la extensión de la lógica intracomunal de las ciencias sociales se tiende a agudizar el histórico problema de para quién se investiga. ¿Llegamos al punto de que somos el fin último de nuestras propias investigaciones sociales? ¿O el fundamento individual toma en consideración y eventualmente se supedita a un principio supra-individual de maximización colectiva? La autonomización mencionada se suele expresar en la preeminencia de objetos teóricos edificados a partir de intereses exclusivamente individuales, desconectados de los grandes problemas sociales de la región, y en muchos casos desprovistos de un proyecto intelectual que contemple un horizonte histórico-social latinoamericano.

Es necesario señalar que uno de los factores que inciden con fuerza en la conformación de las dos líneas de autonomización comentadas es la creciente *profesionalización* de la actividad académica de los intelectuales, que se hace posible a partir de la ampliación y la modernización de la universidad, a partir del financiamiento estatal generalizado de la investigación social, y más en general a partir de la industrialización del sistema científico-técnico bajo lógicas de competitividad. Como correctamente advierte Lechner desde fines de la década del 80, la profesionalización acelera un proceso de especialización -que describiré en el punto siguiente- que también trae aparejado una nueva cultura del trabajo científico-social.

El tercer proceso institucional mencionado se vincula con la creciente autonomización respecto a las visiones general de las ciencias sociales y de la sociedad. Esta autonomización es causada por la profundización de las lógicas disciplinarias en las ciencias sociales, que se sostienen en términos materiales a partir de las dos autonomías previamente comentadas. Una expresión paradigmática de dicho proceso es la *hiperespecialización*, inducida por las propias reglas académicas antes que por la demanda de los actores económicos empresariales. La hiperespecialización, en tanto práctica autonomizada, ha llegado al punto de desconectarse de los discursos integracionistas de sus propias tradiciones disciplinarias, generando sub-áreas disciplinarias que se validan a sí mismas. Si en el umbral del SXX el pensamiento clásico se encontró envuelto en el torbellino de la creación de las ciencias particulares, intentando que la nueva particularidad no pierda el registro de lo general, en este momento experimentamos la construcción de lo sub-particular al interior de lo particular. En este mundo atomístico lo general se percibe como una opción fantasmática, obsoleta, incongruente, y por tanto con exiguas posibilidades de realización imaginaria y práctica. Hago hincapié en que la hiperespecialización es un proceso institucional dado que los propios investigadores que intentan desarrollar sus investigaciones atendiendo a un registro holístico se ven compelidos a adaptarse a los mecanismos de diferenciación imperantes en cada espacio disciplinario.

En cualquier caso, todo indica que hay que estar cada vez más atento al devenir propio de la institución académica para así poder registrar los puntos de apoyo para un proyecto de renovación que pueda proyectarse desde y más allá de sus lógicas endógenas. Es precisamente a partir de la reintegración de lo académico y lo extra-académico que se puede constituir un espacio de experiencias concretas que faculte el desarrollo de nuevos proyectos intelectuales. La idea de proyecto intelectual pone en cuestión las prácticas de investigación social que sólo reconocen como formas de validación las reglas intra-comunitarias e intra-disciplinarias.

En síntesis, en la actualidad la urgencia pasa por recuperar en primera instancia un horizonte histórico-epocal para una investigación social disminuida sociológicamente, mayormente alienada en términos geopolíticos y geo-económicos, y fuertemente autorreferencial. La dependencia de las ciencias sociales regionales respecto a las teorías sociológicas elaboradas principalmente en Europa y EE.UU de ningún modo se ha revertido en esta última década y media de avances sociales. La recuperación de cierta soberanía político-estatal no tuvo su correlato en un proceso de construcción teórico-social autónoma en el plano regional. No se trata de un hecho menor. El desafío central podría resumirse a partir de la siguiente ecuación: mientras más necesitemos actualizar la explicación de los procesos socio-históricos contemporáneos de América Latina, más necesitamos priorizar la reconstrucción de un método y un programa teórico de investigación social. Ahora bien, la investiga-

² Ver Sader, Emir (2009). *El nuevo topo: los caminos de la izquierda latinoamericana*. Buenos Aires: Siglo XXI.

ción social regional no demanda la construcción de cualquier programa teórico, sino aquel que se fundamenta en un proyecto intelectual.

EL PROYECTO INTELECTUAL: ELEMENTOS FUNDAMENTALES

No encuentro mejor forma de definir el proyecto intelectual que como *un modo de compromiso con los grandes problemas (o problemas críticos) de nuestro espacio-y-tiempo*. El proyecto intelectual es una forma abstracta de parametrización de las prácticas de investigación orientada a concretizarlas en una dirección específica. No se trata de una fórmula acabada sino de una serie de principios en construcción que actúan en conjunto, permitiendo orientar la formulación de problemas y la construcción sistemática de objetos de investigación. La propuesta toma en consideración los aciertos metodológicos de las perspectivas clásicas y contemporáneas que procesaron analíticamente los grandes problemas sociales y que marcaron los puntos más altos del desarrollo de las ciencias sociales en América Latina. Como toda apuesta crítica, los principios del proyecto intelectual son sensibles al registro de las iniciativas metodológicas y teóricas que fracasaron en la región o bien que han sido superadas por las nuevas circunstancias.

En su actual estado de desarrollo el proyecto intelectual se compone de *nueve principios*, actualizando en nuevos términos coordenadas metodológicas clásicas. Dada la falta de espacio para introducir cada uno, aquí simplemente optaré por mencionarlos.

| PRINCIPIOS | |
|---------------------|----------------|
| 1. Holístico | 6. Identitario |
| 2. Relacional | 7. Normativo |
| 3. Multidimensional | 8. Realista |
| 4. Procesual | 9. Estratégico |
| 5. Situacional | |

La consideración de los principios mencionados se convierte en una condición *sine qua non* para poder reasumir una actitud racionalista, científica y moderna en las ciencias sociales. Probablemente nadie definió mejor tal actitud que Medina Echavarría, cuando afirmó que se trata de una “conciencia reflexiva de propensión científica”³. Al pretender recuperar una fórmula sistemática para la elaboración de objetos teóricos en las ciencias sociales regionales estamos alimentando un proceso de investigación que incluye la construcción de una teoría sociológica general.

Los principios abstractos mencionados en el punto anterior componen de modo variable y desigual los tres núcleos centrales de dicha definición: a) *el modo de compromiso*; b) *los grandes problemas o problemas críticos*; y c) *la noción de “nuestro” espacio-y-tiempo*. El modo de compromiso invoca un sentido de responsabilidad respecto a dos aspectos que se imbrican mutuamente: la dimensión del problema en cuestión y un registro de apropiación colectiva históricamente situado. El primero tiene que ver con *lo grande o lo crítico* del problema. “Lo grande” deviene en el vector científico por excelencia del compromiso en tanto proyecta una episteme para la aprehensión analítica de los procesos socio-históricos. La segunda expresión de compromiso tiene que ver con la inscripción en un arreglo espacio-temporal específico, que es precisamente un espacio-y-tiempo que llamare “propio”. Lo propio sería aquí algo indeterminado que conlleva en primera instancia, tal como mencioné, un registro de apropiación colectiva. La noción de compromiso así formulada inscribe al proyecto intelectual en un tipo particular de pensamiento crítico. La habilitación de una idea de crítica asociado a tal noción de compromiso demanda una revisión sustantiva respecto a lo que comúnmente se entiende como “crítica”. Aquí diré que el proyecto intelectual, y el modo de compromiso que le es inherente, involucra dos modos eventualmente articulados de pensar en abstracto lo propiamente crítico del conocimiento. Me refiero a grandes rasgos a 1) Lo crítico como crítica de la dominación, y 2) Lo crítico como registro de relevancia. El registro del “gran problema” o del “problema crítico” involucra un modo de procesamiento específico basado en un criterio clásico de *relevancia causal*. No todo objeto construido que permite ser explicado ofrece las condiciones para el despliegue de una explicación social que tome en consideración una escala atenta al devenir de las grandes mayorías de la población. “Lo nuestro” en tanto registro de identificación colectiva no responde en primera instancia a una demarcación grupal, micro-comunitaria o socio-movimientista sino a un registro identitario más extendido, como podría ser lo nuestro-nacional o bien lo nuestro-regional.

RELACIONES DE PODER, CONFLICTOS Y PROCESOS SOCIALES

El criterio de relevancia causal al que me vengo refiriendo adquiere centralidad desde el momento que las ciencias sociales modernas ponen a disposición de la investigación social una serie limitada y fundamental de *objetos-marco* al interior de los cuales se hace posible capturar los puntos críticos de condensación de las fuerzas de “causación” intervinientes en la constitución social de un espacio-y-tiempo determinado.

3 Medina Echavarría, José (1939). “¿Es la sociología simple manifestación de una época crítica?”, *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. I, n° 2, 1939, pp.17-39.

Antes que proponer la creación de nuevos modos de demarcación, considero necesario la recuperación, en nuevos términos, de aquellos objetos-marco desdibujados a partir de la captura posmoderna y neoliberal de la agenda de investigación en las ciencias sociales. Tal movimiento de descomposición se expresa con particular dramatismo en América Latina a lo largo de las últimas tres décadas. En su expresión más abstracta, estos elementos u objetos-marco son: a) las relaciones de poder; b) el proceso socio-histórico, y c) el conflicto. No hay posibilidad de ofrecer una *explicación causal* de los problemas críticos nacionales y regionales sin considerar la interacción de los tres objetos-marcos mencionados. Si las relaciones de poder expresan la ecuación socio-causal en el *plano sincrónico*, el proceso socio-histórico la expresa en el *plano diacrónico*. Luego el conflicto se constituye en el principio de detección, de activación y de dinamización principal de la ecuación socio-causal. Cada objeto-marco abstracto habilita una doble función: 1) la definición problemas de primer orden, proceso que se activa a partir de una delimitación específica y concreta en algún punto al interior de los objetos-marco; 2) la definición de objetos sociales estructurantes de segundo orden, y a partir de ello la definición de los *problemas concretos de investigación*.

Finalmente, la inscripción del problema de investigación en “nuestro” espacio-y-tiempo (o nuestro tiempo-y-espacio) implica un sentido de responsabilidad en primera instancia identitaria. Respecto a la dimensión espacial, lo que presiona la conversión del espacio nacional y/o regional en “nuestro espacio” es la primera modalidad de compromiso ya mencionada, esto es, la relevancia socio-causal. No hay “problema crítico” sin tomar como referencia lo nacional y lo regional, así como no hay “nuestro espacio” en un sentido amplio sin atender a los grandes problemas. Desde la pregunta por la ecuación socio-causal y el esquema de interinfluencias asociado a un gran problema, tanto el espacio-nacional como el espacio-regional remite actualmente a un *espacio global*. Podría postular que mientras más necesitamos entender las relaciones y los procesos económicos, políticos y culturales en América Latina, más necesitamos entender los procesos y las relaciones sociales ancladas o bien precipitadas desde el espacio global. De este modo, la tensión espacial principal del proyecto intelectual se presenta entre “nuestro espacio” (nacional y/o latinoamericano) y el espacio social dominante que remite a un marco global.

EL PROYECTO INTELECTUAL Y LAS FORMAS INTELECTUALES EN AMÉRICA LATINA

La recuperación de un proyecto intelectual para la investigación social regional exige tomar en consideración los tipos de investigación social que se fueron conformando históricamente, así como sus modos variables de relacionamiento con la práctica política. El esquema general que propongo a tal fin, y que aquí simplemente menciono, se compone de un campo de intersección entre tres esferas: la investigación social [IS]; el proyecto intelectual [PI] y la práctica política [PP]. A partir del entrecruzamiento de las esferas IS y PI se establecen tres tipos de investigación social. Cada tipo se define en función del vínculo que establece con PI. De este modo, desde un registro procesual, las alternativas que se presentan son las siguientes: a) Una investigación social *inspirada* en un proyecto intelectual; b) una investigación social *basada* en un proyecto intelectual; y finalmente c) una investigación social *desprovista* de un proyecto intelectual. Tomando en consideración la tipología propuesta, señalo que la investigación social puede adquirir modalidades *efectivas* o *fallidas*. En el esquema que menciono, el tipo fallido de investigación en todos los casos es aquel que ni se basa ni se inspira en un proyecto intelectual. De este modo, lo efectivo y lo fallido del vínculo se asocia a la consideración o no de los principios constitutivos del proyecto intelectual, mencionado en el apartado anterior.

La investigación social en los tres tipos mencionados se vincula en la actualidad -y lo ha hecho históricamente en América Latina- de tres modos diferentes con la práctica política [PP]: de un modo directo, de un modo indirecto y de un modo ausente: llamaré al primero tipo *vinculación directa*, al segundo *vinculación mediatizada* y al tercero *desvinculación relativa*. Al interior de cada una de estas modalidades vinculares se presentan entonces tipos de investigación efectivos o fallidos. Es importante añadir que cada una de tales tipologías vinculares abstractas se concretiza en una serie de figuras y sub-figuras intelectuales, que aquí no podré mencionar por falta de espacio. La concreción de los diferentes modos de relación, así como de las tipologías y las figuras correspondientes, se desenvuelve en el marco de las tendencias sociales regionales expuestas en el primer punto del trabajo. Tal inscripción socio-tendencial se efectúa sin poder indicar por el momento en qué medida el contexto incide en la conformación de cada una de las modalidades relacionales.

En cualquier caso, este modelo analítico, regulado a partir del concepto de proyecto intelectual, abre un campo novedoso de observación. Una innovación central reside en el abandono del supuesto de que existe tan solo una figura intelectual ideal y tan sólo un tipo de articulación ideal entre teoría social y praxis política. Hoy la cuestión clave pasa por registrar qué disponibilidad de voluntades, de capacidades y de posibilidades de investigación existen para lograr restituir un programa teórico en el cual queden recentradas y procesadas en nuevos términos las grandes problemáticas sociales del continente. Se trata de intentar crear y potenciar, a partir del reconocimiento de la diversidad de prácticas y de instituciones realmente existentes en América Latina, procesos de investigación social basados en un proyecto intelectual.